

# FERNÁNDEZ Y MANUEL

LOS HERMANOS  
PLANTAGENET

**Manuel Fernández y González**  
**Los hermanos Plantagenet**

*[http://www.litres.ru/pages/biblio\\_book/?art=24728529](http://www.litres.ru/pages/biblio_book/?art=24728529)*

*Los hermanos Plantagenet:*

# Содержание

I	4
II	26
III	35
IV	41
Конец ознакомительного фрагмента.	47

# Manuel Fernández y González

## Los hermanos Plantagenet

### I

## LOS HERMANOS DE LA NIEBLA

EL día 15 de noviembre de 1194, á la hora en que el sol se ocultaba tras los remotos confines del condado de Middlesex, tiñendo con reflejos amarillentos los girones en que se rompía al Occidente el ancho pabellón de nubes que encapotaba el cielo, una galera de altos mástiles y agudas velas navegaba lentamente, ayudada por los remos de cien galeotes, subiendo con dificultad la corriente del Támesis, á dos leguas de distancia de Londres.

Sobre el alcázar de popa de esta galera, recostado en un mástil en que apenas ondulaba al débil impulso de una pesada brisa sudeste un pendón rojo, cuyas plegaduras no permitían conocer los detalles del blasón que dejaba notarse de una manera confusa sobre él; apoyado en este mástil, repetimos se veía un hombre de figura atlética, con la mirada fija en la distante ciudad.

Rodeábanle otros tres hombres, pero á cierta distancia, sin duda por respeto, que miraban al mismo punto que el primero, con una expresión marcada de impaciencia.

Y esta impaciencia era muy natural; la galera adelantaba

con tanta lentitud, que á primera vista hubiérasela podido creer anclada, á no ser por el continuo y monótono ruido que producían azotando el agua los remos de los galeotes.

Suponiendo que nuestros lectores se impacientarán si llamamos mucho tiempo su atención sobre el perezoso bastimento, lanzaremos nuestro relato á *todo vapor*, pasaremos como un meteoro entre las áridas y solitarias riberas de los condados de Surrey y Middlesex, cuyos límites naturales entre sí señala el Támesis, y sólo nos detendremos en una ensenada de la isla de los Perros.

Una vez allí, deberemos tomar tierra y observar. El islote que hoy se denomina de los Perros, era en la época á que nos referimos, un terreno largo y estrecho, levantado sobre el río á gran distancia de entramas márgenes. Coronábalo un espeso bosque de árboles que la mano del hombre no había cultivado; y ninguna senda nacía en sus riberas que atestiguase el paso de la planta humana. Nadie había pensado en ponerle nombre, ó al menos nosotros lo ignoramos. Sea como quiera, desde él se veía perfectamente á Londres tendido á su altura, y levantando sobre la margen izquierda el recinto torreado de la ciudad y la villa, y sobre la derecha las feas casas de madera del arrabal Sowttwark. Nada de notable se veía en éste, mientras por el contrario, dominando los muros de la ciudad y de la villa, se destacaba sobre el doble fondo de los campos y del celaje la confusa aglomeración de torres de la Torre de Londres, entre las cuales como un pino entre retamas se alzaba la de White-tower

(Torre blanca) construida por Guillermo el Conquistador: más allá en el centro de la ciudad, aparecía la gótica torre de la iglesia de San Pablo, destruida más adelante por un incendio en 1666, y reconstruida en 1675 por el ilustre arquitecto sir Cristóval Wren; últimamente, las agujas de la abadía de Westminster, las cúpulas de Whitehall y de San James, y las menos notables de la iglesia de San Miguel en Cornhill, y las de San Bride y San Duntan, se levantan sobre la extensa silueta de Londres.

La niebla que acompaña los crepúsculos de invierno en Inglaterra, había ya cubierto la tarde en que empieza la acción de nuestro drama, las copas de los álamos más elevados del islote, y descendía lentamente de un celaje encapotado, presagiando una noche oscurísima, que se acercaba sensiblemente. Bien pronto al crepúsculo sucedió una claridad dudosa, débil, que desapareció en fin; la niebla envolvió á Londres, púsose húmeda y fría sobre la tierra, y unióse al fin más densa y más glacial sobre la corriente del río. Nada se vió entonces. Parecía que el caos tornaba á pesar sobre la creación.

Pero en medio de este caos se elevaba un rumor lejano, perdido, confuso; rumor extraño, difícil de analizar; era el álito de Londres que bebía en sus tabernas, que bailaba en sus salones, que se agitaba en sus plazas, que rompía la tierra de sus cementerios; era Londres oprimido por la rapiña y las horcas de un obispo canciller; Londres monopolizado por sus lores, Londres diezmado á la par por el hambre y por la peste, y que sin embargo, se embriagaba, danzaba, murmuraba y enterraba;

aquel rumor era el gemido de un gigante enfermo.

Esto por la parte de Londres; en los campos y en el Támesis el más profundo silencio, y sin embargo, si algunos momentos después que la niebla se había enseñoreado de la noche, alguno que, colocado sobre cualquiera de las márgenes del islote, hubiese poseído un oído exquisito, hubiera notado un rumor imperceptible en las aguas, comparable en su origen al sonido ténue de una hoja movida por una brisa sutilísima, más sensible después, y semejante al que produce un cuerpo que agita el agua sin azotarla; rumor pausado, uniforme y continuo que hubiera anunciado á un marino la proximidad de un pequeño buque impulsado por remos; después hubiera sentido un choque débil, un estremecimiento pasajero, y después de un salto, las pisadas de un hombre sobre la maleza.

Y en efecto, así sucedió. Una barca pequeña, según podía juzgarse por el valor del ruido que producía su proa cortando el agua á impulso de dos remos hasta llegar al islote, arribó á su orilla, y de ella saltó una sombra, después de haber amarrado el batel á la maleza que se dejaba lamer de la corriente, tendiéndose á lo largo de ella cual si fuese una gigante y extraña cabellera; aquel sér, que merced á la niebla hubiera podido pasar por sombra, á no ser por el áspero ruido que producía en el ramaje al atravesarlo, revelando de aquel modo una existencia corpórea; se alejó hacia el centro del islote, y muy pronto dominó de una manera absoluta el silencio turbado un momento por su pasajera aparición.

Muy pronto se percibió en el río otro rumor semejante al anterior; otra lancha chocó de proa en la ribera del islote, á poca distancia de la primera; como ella fué amarrada á la maleza, y otra sombra saltó en tierra y adelantó, alejándose en la misma dirección que la anterior.

Y una tras otra atracaron sucesivamente al islote otras cuatro lanchas; una tras otra se perdieron por el mismo camino otras cuatro sombras.

La ribera sujetaba seis lanchas, seis sombras habían penetrado en el islote.

Inútil hubiera sido esperar otra aparición; pero si á nuestros lectores no place tal cantinela en un sitio húmedo por la doble influencia del río y de la niebla, sigamos, si es que no temen aventurarse, en la misma dirección de los seis personajes de las lanchas.

A poco que andemos, nos encontraremos en el centro del islote; pero ya que somos dueños del tiempo y del espacio, precedamos algunos momentos al primer *espectro* (si se nos permite llamar así á un sér que la oscuridad permite apenas entrever de una manera informe), al primer espectro, repetimos, que en tal noche y á tal hora visitaba el solitario islote del Támesis.

En el centro de la alameda que le cubría, en medio de un claro, se notaba una mole informe también, pero que demostraba ser una habitación de hombres, puesto que por las rendijas de una puerta mal cerrada, se veía luz en el interior.

Entremos, tomemos posesión de ella, y observemos.

Era una cabaña cuadrada, construída con ramas de árboles, cuyos intersticios estaban cubiertos con tierra amasada, y protegida por un techo de ramas y cañas, en cuyo centro había una claraboya circular, que, atendido un hogar formado con piedras y perpendicularmente situado bajo ella, servía, según probabilidades atendibles, para dar salida al humo en algunos casos, y entrada á la lluvia en otros: en torno de este hogar, sobre un suelo húmedo y resbaladizo; se veían seis piedras, destinadas sin duda á servir de asiento á seis personas. Esta cabaña no tenía otras aberturas para dar paso al aire y la luz que la claraboya que hemos descrito, y una estrecha puerta, al través de cuyas rendijas hemos hecho notar al lector el reflejo de una luz.

El aspecto de esta cabaña era desconsolador, por su rígida rusticidad, por su absoluta carencia de todo objeto propio para cubrir las necesidades más fútiles de la vida, si se exceptúan algunos haces de ramajes arrojados en un ángulo y algunas astillas de tea.

Por lo demás, prescindiendo de un hombre que, sentado sobre una de las piedras se veía al resplandor de una tea encendida, clavada en el suelo y próxima á consumirse, las cenizas esparcidas sobre el hogar y la densa capa de hollín que cubría las paredes y el techo, mostraban que aquella incómoda vivienda era habitada.

El hombre que hemos dicho se veía sentado sobre una de las piedras, era un joven como de veintidós años; su semblante,

sin ser hermoso, poseía esas líneas atrevidas y vigorosas que constituyen la majestad de la antigua estatua romana; sus miembros robustos, musculosos, participaban á un tiempo de la fuerza del *gladiator* y de la agilidad del montañés: y todo este conjunto, tostado por el aire y por el sol, tenía algo de selvático, algo que hacía semejarse á este hombre al hombre de la naturaleza, cuando éste no conocía otro albergue que le protegiese del rigor de las estaciones, más que el ramaje de los bosques ó las estalactitas de una caverna.

Descendiendo á los detalles de este sér, la misma robustez, la misma energía que se notaba en su conjunto, se daba á conocer en cada una de sus partes: larga, espesa y negrísima cabellera; frente espaciosa; cejas negras, también anchas y dilatadas; ojos pardos, grandes y de mirada fija y sombría; nariz recta, de vigoroso perfil y órganos un tanto si se quiere exagerados; boca dotada en su desdén de cierta expresión de fuerza, en su sonrisa de una despreciadora insolencia; barba completa, negra y de medianas dimensiones; cuello corto, grueso y nervioso como el del toro; por lo demás, estatura de atleta.

El traje de este hombre era lo más estricto que darse puede: consistía en una especie de gabán que dejaba desnudos los brazos, las piernas y gran parte del pecho; este gabán era de una tela de lana fuerte y tupida, listada á cuadros por anchas líneas de colores que un tiempo debieron ser rojos y negros, pero á quienes había hecho desmerecer en gran manera la influencia del sol y de la lluvia. Este saco, que era lo único que le hacía no aparecer

enteramente desnudo, estaba sujeto á su cintura con una tira de cuero, de que pendía un largo y ancho cuchillo corvo, con empuñadura de asta de ciervo y cubierto con una vaina de piel sin curtir; un tahalí de mismo cuero sujetaba á su espalda una especie de aljaba donde se veían algunos venablos, y últimamente, una ballesta arrojada en el suelo, completaba el armamento de este extraño personaje.

A más de las particularidades que hemos descrito, otras accidentales y casi del momento, le hubieran hecho notable á los ojos del más indiferente; su cabellera estaba impregnada de agua, así como su gabán, haciendo presumir que poco tiempo antes acababa de tomar un baño, indudablemente forzado, puesto que en sus brazos y en sus piernas se veían señales sangrientas, tales como las que pueden producir una caída desgraciada ó el golpe de un látigo.

Por lo tanto, no es de extrañar que nuestro héroe mostrase en su mirada un disgusto sombrío que le hacía aparecer fija y feroz, ni la frecuencia con que fruncía su entrecejo y mordía impaciente su labio inferior.

Aquel hombre era sin duda un fugitivo, porque al ruido producido por una ráfaga de viento sobre la techumbre de la cabaña, ó al mecer el ramaje de la cercana alameda, miraba con la expresión vaga de inquietud que marca el terror, á la puerta entreabierta; y perdido el rumor que le había alarmado, volvía á su inmovilidad y á su sombría expresión de disgusto.

Pero una de las veces en que su cabeza se elevó, como la de

un ciervo perseguido que escucha á lo lejos los ladridos de los perros, no permaneció inerte como las veces anteriores; púsose en pie de un salto, levantó del suelo la ballesta, armó en ella un venablo, y después de pisar la tea que casi tocaba á su fin, desapareció por la puerta, dejando la cabaña envuelta en la más densa oscuridad.

Con una exquisita finura de oído, peculiar á los cazadores montañeses, había escuchado el leve rumor de unas pisadas en dirección á la cabaña, cuya puerta rechinó un momento después, empujada por alguno que penetró en el interior.

El choque de un acero sobre un pedernal se dejó oír instantáneamente, y algunas chispas lívidas irradiaron entre la oscuridad en el sitio de la cabaña donde se hallaba el recién venido; poco después dos teas ardían esparciendo en torno su opaca claridad y exhalando un humo compacto y resinoso.

Entonces se vió á su reflejo un hombre como de treinta y cinco años, vestido severamente de negro, y cubierta la cabeza con un gorro del mismo color, que sujetaba las guedejas de una cabellera gris, larga y espesa, que servía, por decirlo así, de marco á una cabeza en que un frenólogo hubiera hallado las protuberancias que distinguen á un pensador. Este hombre era de mediana estatura; vestía el traje de los abogados de aquella época, y, aunque arma impropia de su estado, ostentaba en su cintura, sujeto con un ceñidor de piel curtida, un puñal que casi llegaba á las dimensiones de espada. A pesar de lo solitario del sitio, un antifaz cubría el rostro de este hombre desde el nacimiento de la

frente hasta la parte media de la nariz.

Hemos dicho que en un ángulo de la cabaña había algunos haces de ramaje, y ahora, á fuer de minuciosos descriutores, diremos que parte de ellos fué trasladada al hogar, y que inmediatamente la luz de una hoguera hizo inútil, envolviéndola en su resplandor, la de las teas.

En este momento otro hombre entró, arrojó en torno una mirada inquisidora, y al reparar en el del antifaz, preguntó en voz gutural y marcada al que entraba, que no adelantó un solo paso:

– ¿Qué hora es?

– La del sufrimiento, contestó el preguntado.

– ¿Qué hora esperas? repuso el otro.

– La de la justicia.

– ¿Quién eres?

– Hermano de mi hermana.

– ¿Quién es tu hermana?

– La niebla.

– ¿Tienes hermanos?

– Sí, los hermanos de la niebla.

– Bien venido seas, hermano.

Y aquellos dos hombres acortaron la distancia que les separaba, y se estrecharon las manos. Después el reciénvenido fué á sentarse en la segunda piedra de la derecha del fondo.

Este nuevo personaje llevaba también antifaz; era robusto y joven, á juzgar por la energía de su mirada, que dejaba verse al través de las averturas del cuero negro que le enmascaraba; su

traje era el de los cortadores de Londres; colete y calzones de paño rojo, gorro de baqueta, medias azules y zapatos ferrados. Llevaba á la cintura, y en la misma forma que el de lo negro, un cuchillo ancho y afilado, cuyo principal destino era sin duda, atendida su forma, desollar reses. El más profundo silencio reinó durante un momento, antes de que se presentase otro nuevo interlocutor, que, como el del colete colorado, se detuvo á la puerta.

– ¿Qué hora es? le preguntó desde su asiento el hombre del traje negro.

– La del sufrimiento, contestó el interrogado.

– ¿Qué hora esperas?

Una contestación igual á la que diera el cortador á esta pregunta salió de los labios de este tercer hombre, y las sucesivas fueron semejantes á aquéllas en un todo. Aquel diálogo era sin duda una seña.

Después de haber saludado y estrechado las manos á los dos amigos, este hombre fué á sentarse en la tercera piedra de la derecha. Su traje era el de los estudiantes de Londres de entonces: un bonete de bayeta negra, y una hopalanda á manera de toga de la misma tela; llevaba un antifaz como los otros, y, á juzgar por su talante, debía ser muy joven.

Otro hombre apareció inmediatamente; fué interrogado del mismo modo que los anteriores, y después de un saludo igual tomó asiento en la cuarta piedra.

Este hombre parecía anciano; vestía un traje y una capa de

pañó pardo; llevaba antifaz, y cubría sus cabellos un sombrero gris de ala ancha.

Un quinto interlocutor se dejó ver de la misma manera que los precedentes: fué asimismo interrogado, saludó y fué á sentarse en la quinta piedra.

Su traje era de ante, á que el tiempo había dado un color oscuro; su rostro estaba cubierto con un antifaz; su edad podría suponerse entre treinta y cuarenta años, atendida su mirada y el estado de su cabellera. La única arma de este hombre era un bastón ferrado, que, aunque de gran peso, manejaba como si fuera una caña.

Otro hombre, en fin, se dejó ver. Contestó como los anteriores á las preguntas que se le hicieron; pero su voz era mucho más sombría que la que antes que ella habían resonado en la cabaña; saludó á cierta distancia, y sin tender la mano á ninguno de los cinco hombres, fué á sentarse en la última piedra.

Su traje y su antifaz eran enteramente colorados; llevaba la cabeza descubierta, una cuerda del grueso de un dedo, lustrosa y usada, daba muchas vueltas á la cintura, y un largo espadón de á dos manos, de punta roma y encerrado en una vaina de acero blanco, pesaba sobre su espalda sujeta por un ancho tahalí con hebilla de hierro.

Las seis piedras estaban ocupadas; la luz de la hoguera reflejaba en seis hombres de trajes y edades diferentes, alumbrando un conjunto como no soñó la atrevida imaginación de Teniers en sus cuadros más originales.

El hombre que había ocupado la primer piedra, el que había interrogado á los otros cinco, se levantó entonces, y dirigiéndose al último, le preguntó:

– ¿Sabes dónde estás?

– Sí, en el tribunal de justicia de los hermanos de la niebla.

– ¿Quién te ha traído?

– Una lancha.

– ¿Cómo te llamas?

– Entre vosotros, hermano de la niebla.

– ¿Y entre los hombres?

– El verdugo de la prevostía de Londres.

Un estremecimiento involuntario se dejó oír en cada uno de los otros cinco, y el rumor de algunas frases inarticuladas se percibió momentáneamente.

– ¡Silencio! exclamó el primer hombre; ¿y con qué objeto te has unido á nosotros?

– Con el de vengarme.

– ¿De quién?

– De los hombres.

– Los hombres no pueden insultarte, tu posición te aísla; sobre tu traje colorado no es posible una mancha.

– No vengo representando mi presente; es una consecuencia de mi pasado; vengo por mi pasado.

– Déjanos ver tu rostro.

El verdugo se arrancó el antifaz; un semblante lívido, enflaquecido, en cuyas profundas órbitas brillaban unos ojos de

mirada implacable, en que el sufrimiento ó el remordimiento habían impreso arrugas prematuras, se ofreció sucesivamente á cada una de las miradas de los cinco; semblante marcado por una sonrisa glacial que respondía por un corazón desgarrado por terribles penas.

– ¿Cómo te han ofendido los hombres?

– Está en el corazón, contestó el verdugo; mi historia es un secreto que no me pertenece; mi historia os diría mi nombre; yo no tengo ya nombre, debo olvidarlo.

El verdugo sentóse de nuevo y guardó silencio.

– ¿Y tú, quién eres? preguntó el que había interrogado al verdugo al quinto hombre.

– Hermano de la niebla; me llamo Tom Flavi, y soy uno de los llaveros de la torre de Londres.

Diciendo esto, se arrancó el antifaz y dejó ver un rostro franco y valiente, en que brillaba cierta expresión de entusiasmo.

El verdugo y el llavero se miraron como personas conocidas, pero de un modo particular.

– Y tú, ¿cómo te llamas? dijo el interrogante al cuarto personaje.

Púsose de pie y contestó:

– Aquí, hermano de la niebla; en la plaza del mercado, Jorge Rak, mercader de paños y lienzos.

Arrancóse el antifaz, y el verdugo vió en el semblante de este hombre, venerable ya por su ancianidad, otro antiguo conocido.

Sentóse Jorge Rak, y el presidente de aquella extraña asamblea

se dirigió al tercer hombre.

– ¿Quién eres, y cómo te llamas?

– Hermano de la niebla aquí, estudiante de teología en la Universidad; mi nombre es Williams Caridemus.

Descubrióse y dejó ver un semblante alegre á pesar de la gravedad de que quería revestirlo; un semblante picaresco y atrevido, con la bulliciosa sonrisa del estudiante vivaracho, que sólo cuenta dieciocho años. Sentóse y llegó el turno de ser interrogado en la misma forma al segundo hombre, que respondió:

– Soy hermano de la niebla, cortador de la muy noble carnicería de la buena y leal ciudad de Londres (el carnicero recalcó estas últimas palabras), y me llamo John Asta-de-buey; tras esto sentóse; despojóse del antifaz, y dejó ver un rostro orlado de larga cabellera, barba negra y revuelta, cejas descomunales, ojos atrevidos, nariz ancha y roma, y boca de estremada magnitud.

Sólo nos falta conocer la fisonomía, el nombre y la condición del presidente, que á su vez despojóse del antifaz, y dejó descubierto un semblante noble, majestuoso y dulce á la par, de color blanco mate, en que se marcaba un temperamento nervioso, de ojos grandes y lánguidos, de mirada fija y escudriñadora.

– Yo soy como vosotros, hermano de la niebla, abogado, y mi nombre Adam Wast.

Sentóse, y después de un momento de silencio, dijo:

– Todos nos conocemos, y nuestro conocimiento data de la misma fecha. Hace dos años nos reuníamos todos los días...

– En la Torre de Londres, en el patio de los calabozos, observó el estudiante interrumpiendo á Adam Wast.

– Cabalmente, en el patio de los calabozos, eso, es. Aquella era una época terrible. La Inglaterra tenía un trono sin rey, y un canciller regente sin corazón; las vidas, las honras y las haciendas eran patrimonio del obispo de Eli, y estaban á merced de los miserables sicarios que le rodeaban y aún le rodean; mi casa fué allanada, y mi persona reducida á prisión, porque invoqué ley en favor de un hombre ultrajado por el obispo.

– Y yo, por haber roto la cabeza á un arquero del canciller obispo, que pretendía vivir á mi costa robándome carne, observó John Asta-de-buey.

– Y yo, por haber defendido teológicamente, que el obispo de Eli era un diablo con sotana, añadió el estudiante de teología.

– Y yo, por haberme negado á satisfacer un doble derecho sobre mis géneros á los comisionados de los Aldermen, balbuceó el anciano Jorge Rak.

– Se nos había detenido injustamente, éramos inocentes, y nos unimos por simpatías; la Torre de Londres era para nosotros un libro en que leíamos, de una manera clara, infamias y desafueros que generalmente quedan consignados como un misterio en las páginas de piedra de aquel gigante maldito, y que no pueden concebir los que no han pasado sus poternas, que pocas veces se abren para dar salida á vivos; desde lo sombrío de

nuestros calabozos meditamos sobre el destino de Inglaterra, y le vimos oscuro, tenebroso, sin que una lejana esperanza pudiese consolarnos. Vimos un trono abandonado por un rey guerrador, que no sabiendo engrandecer su país, hacerle libre y fuerte, y por consecuencia feliz, llevaba su espada á una empresa fanática, al lado de los fanáticos cruzados, perturbadores de un país para el cual eran un azote de Dios, vimos un hermano traidor, revolucionando la Normandía para arrancar una corona á su hermano; vimos un obispo convertido en ladrón y verdugo del pueblo, ídolo degradado, temido por una nobleza degradada, y vimos en fin un pueblo abandonado, insultado, azotado, robado y asesinado por el rey, por la nobleza, por el obispo, por los aldermens y por los soldados. Vimos un pueblo cobarde, murmurando en secreto, doblegándose y arrojándose á los pies de sus señores á la luz del sol.

– El pueblo no es cobarde, gritó el estudiante levantándose con energía, lo que falta al pueblo es conocer sus derechos; hágansele saber, y tendrá fuerza, una vez con fuerza, hará al rey cumplir con su deber, arrollará á su paso los que le insultan, y hará pedazos á los que le roben.

– Y bien, prosiguió Adam Wast, la verdad de esos principios te la he concedido yo cuando éramos compañeros de prisión; ¿pero dónde están los hombres capaces de ponerse al frente de ese pueblo dividido en bandos encarnizados; de ese pueblo sin abnegación y sin virtudes; de ese pueblo envilecido y viciado por el ejemplo de los que le venden? Y si los hay, ¿dónde están esos

hombres capaces de jugar la cabeza por ese mónstruo ingrato que llama deber á los sacrificios, y que los olvida cuando no le sirven? ¿Dónde están esos hombres capaces de hacer lo que dicen, si es que son capaces de decir lo que sienten?

– Aquí, contestó el estudiante: ¡Yo! Que se me dé dinero, y respondo, para el toque de cubre-fuego de esta noche, de dos mil estudiantes.

– ¡Dinero! ¡Dinero! Necesitáis comprar al pueblo, pagarle soldada para que sostenga sus fueros; necesitáis pagarle á peso de oro su cabeza para que la defienda; bien lo sabía, y no lo he olvidado. ¡He ahí oro!

Y Adam Wast arrojó al suelo un pesado bolsón de cuero.

– Si hay oro, yo respondo de los cortadores de Londres, dijo John Asta-de-buey.

– Y yo de los mendigos y los vendedores de la plaza del Mercado, añadió Jorge Rak.

– ¿Y tú no ofreces nada?, preguntó Adam Wast á Tom Flavi.

– Respondo de todo. Daré suelta á los presos de la Torre, y os entregaré las armas depositadas en ella.

– Ya ves que todos contribuyen, dijo Adam Wast dirigiéndose al verdugo; sepamos lo que tú harás.

– Cortar la cabeza al obispo de Eli, contestó con acento feroz el verdugo.

– Para eso basto yo, hermano, exclamó haciendo un mohín de desprecio John Asta-de-buey.

– ¿Y no podrás hacerte una falanje respetable de los bandidos

y los ladrones con quienes te reunes después del cubre-fuego, contra los edictos del obispo, en cierta taberna de Sowttwark?

Un vivo carmín tiñó las mejillas del verdugo.

– Sí, dijo al fin dominándose; ¿para cuándo?

– Para esta noche, después del toque de cubre-fuego.

– Y bien, observó el viejo Jorge Rak, ¿qué podemos esperar como resultado de la reunión de esa gente?

– Una asonada.

– ¿Y cuál será el resultado de esa asonada? apoyó tímidamente Tom Flavi.

– Tienes miedo, ¡voto á...! ¡El resultado! ¿Quién puede decir con seguridad: mañana la peste habrá dejado de afligirnos, el obispo y los aldermens estarán ahorcados, y azotados los archeros con sus propios talabartes? ¡Cuerpo de Cristo! ¿quién podrá decir si mañana alguno de nosotros será ahorcado?

Un estremecimiento involuntario é imperceptible, agitó los miembros de Jorge Rak.

– En ese caso, dijo el estudiante, tenemos la ventaja de ser amigos del verdugo.

– Y en fin, hermanos, añadió levantándose Adam Wast, la muerte nos amaga de una manera indudable. El hambre es la muerte; la peste es la muerte, la tiranía y las infamias del obispo son la muerte. ¿Qué esperanza nos halaga que no haya de sostenerse por nosotros? ¿A quién demandar ayuda, que sea fuerte y quiera dispensárnosla? Cuando el pueblo siente los triples azotes de la tiranía, el hambre y la peste, debe repeler

los dos primeros con la fuerza, y hacerse digno, defendiendo sus fueros naturales, de que Dios le alivie del tercero. Adelante pues, nos ha desafiado y debemos recoger el guante.

Luego, tomando del suelo la bolsa y sacando de ella un puñado de florines.

– Toma, dijo al mercader, creo que con esto tendrás bastante para los vendedores del mercado.

Jorge Rak tomó el dinero y lo guardó en su escarcela.

– Y tú, añadió dirigiéndose al estudiante, vé si alcanza esto para las exigencias de los tuyos.

Williams Caridemus había puesto al alcance de la mano de Adam Wast su bonete de bayeta para recibir el oro; pero la retiró diciendo:

– Sepamos antes de donde proviene ese dinero, y hasta qué punto nos compromete su adquisición.

– Es muy justo. La adquisición de este oro á nada nos compromete.

– ¡A nada! prorrumpieron con extrañeza los cinco hombres.

– A nada á que no nos hayamos comprometido voluntariamente. Este dinero nos lo ha dado un hombre que se dice amigo del pueblo, pero que no es más que enemigo del enemigo del pueblo. Este hombre ha llegado á mí y me ha dicho: «Adam, el pueblo ruje descontento porque sufre; el pueblo no puede hacer más que rugir, porque le falta fuerza; el dinero es la fuerza: toma;» y me dió esa bolsa: si se necesita aún más, mis arcas están llenas.

– ¿Y quién es ese hombre que tiene sus arcas llenas, cuando el pueblo no tiene pan? interpeló ásperamente John Asta-de-buey.

– Saul, el hebreo, contestó Adam Wast.

– ¡La sombra de lady Ester! murmuró el estudiante.

– ¡El hombre que insulta la miseria pública, ostentando una servidumbre y un aparato casi regio para rivalizar dignamente con el obispo! añadió con acento feroz el cortador.

– ¡Un hebreo que se atreve á salir en público en caballos de Arabia, rodeado de esclavos etíopes cubiertos de oro!, observó el mercader; ¡un judío que se presenta en público asido del brazo de Juan-sin-tierra!

– ¿Es decir, que la salud común, exclamó exasperado el estudiante en un raptó de entusiasmo que, á tener lugar en nuestros días se hubiera llamado patriótico; es decir, que la salud común brota de la misma sentina que la opresión y el insulto? ¿Es decir que debemos dar gracias á Dios porque ha concedido á lady Ester una hermosura capaz de enloquecer á un sacerdote cristiano y á un sibarita hebreo? Una empresa justa no ha menester ser ayudada por un recurso maldito; no debíais haber aceptado ese oro, Adam Wast.

– Piensas como un niño, Williams, contestó el apostrofado; cuando se juega el destino de los pueblos, no debe repararse en si el arma que les ha de hacer fuertes viene de manos de un enemigo. Todos los medios son buenos si dan por resultado un triunfo.

Esta opinión, aunque basada en principios poco rígidó,

convenció al estudiante, que presentó de nuevo su bonete y recibió en él el *oro maldito*.

Después que Adam Wast hubo repartido en partes iguales á los cinco todo el dinero de su bolsa, después de haberles hecho repetir el número de hombres conque contaba cada uno de ellos, añadió levantándose:

– Nada tenemos que hacer aquí; tú, John, ve á reunir tus cortadores en Curhilt; tú, Jorge, busca tus vendedores del mercado; busca á tus estudiantes, Williams; prepara las llaves y las armas de la torre, Tom Flavi; y tú ejecutor de la ley, preséntate entre los bandidos de Sowttwark; al sonar la primera campanada del cobre-fuego, en la pradera de Whitehall.

Los seis hombres abandonaron sus puestos y se dirigieron á la puerta; antes de que llegasen á ella, se abrió y dió paso á un séptimo personaje.

## II

# EL HERMANO DEL VERDUGO

EL hombre que de una manera tan intempestiva se presentaba á los hermanos de la niebla, adelantó un paso; extendió hacia ellos el brazo derecho armado con un venablo, en el mismo ademán imperioso que debe preceder á veces á las órdenes de un rey; y su voz firme y sonora pronunció en un tono que en nada amenguaba lo exigente de su ademán, la palabra:

– ¡Aguardad!

Aquel hombre era el mismo que antes de la llegada de los seis hermanos, como debe recordarse, había abandonado la cabaña de una manera brusca.

La intimación de la orden que detenía á aquella asamblea, cuya misión en aquel punto había terminado, produjo durante un momento en ella una sensación de asombro; después, pasado éste, Adam Wast, conteniendo á sus compañeros que se adelantaban hacia el desconocido, le dijo:

– ¿Y quién eres tú, y con qué derecho te presentas mandándonos detener?

– ¿Quién soy yo? contestó ferozmente el interrogado. ¿Quién soy yo? Un hombre que como vosotros está ofendido; un hombre que como vosotros quiere vengarse.

– Y bien, nada tenemos que ver en eso, contestó John Asta-

de-buey; lo que nos importa, sí, es sellar tu boca para que no revele lo que tus oídos han escuchado; elige entre todos nosotros, esceptuando al que por su edad no debes aceptar como contrario, y señaló á Jorge Rak, uno con quien batirte en un empeño á muerte.

El cortador pidió con una mirada á sus compañeros su opinión acerca del reto que acababa de lanzar en nombre de todos al intruso, y los cuatro cuya edad les permitía empeñar un lance de tal especie, mostraron harto claro, con una significativa inclinación de cabeza, la aprobación de la propuesta, que el del venablo rechazó, contestando:

– Os he elegido como cómplices, y no os acepto como enemigos.

– ¡Como cómplices! exclamó el estudiante adelantando un paso, al par que los demás, excepto Jorge Rak ¡como cómplices!

– Sí, porque lo que estáis meditando, bien considerado, es el proyecto de un crimen. No malgastemos el tiempo en disputas inútiles ¿me aceptáis como un igual entre vosotros? ¡Si ó no!

– Antes, respondió Adam Wast conteniendo de nuevo con una mirada á los suyos, la prudencia aconsejaba reducirte al menos á un estado que no te permitiese revelar el secreto que has sorprendido por acaso tal vez, tal vez llenando un servicio pagado; pero has añadido un motivo más para que cada uno de nosotros procure matarte: nos has ofendido.

– Si te he ofendido, repuso con sarcasmo el desconocido, porque te he dicho, Adam Wast, que proyectabas un crimen.

¿Queréis saber cuáles son mis razones? pues bien, escuchad: tú Adam, oscuro abogado, ambicioso y egoísta; tú, poseído del demonio del orgullo; tú, que has leído en la biblioteca de San Servan antiguos pergaminos; tú, que has estudiado la historia de las revoluciones de los pueblos, quieres hacerte de la miseria pública un escalón para elevarte de tu nada; has soñado, después de haber envidiado la fortuna de los tribunos romanos, que lograron por un medio semejante ser cónsules ó césares, has soñado, te digo, hacerte tribuno del pueblo inglés; has saludado con placer los tres azotes de ese pueblo, el obispo, el hambre y la peste, como poderosos aliados de la lucha de tu miseria; has procurado presentarte doquier como un santo, tú, que eres un demonio; como un mártir, tú que eres un verdugo. ¡Silencio digo!, añadió haciéndose atrás y armando su ballesta, con un gesto terrible de amenaza; he querido que aguardéis, y aguardaréis; he querido que me escuchéis, y me escucharéis.

Aquel hombre dispuesto á todo, aquel hombre mandando á otros seis hombres, acabó por dominarlos merced á su valor, á su audacia y á su fuerza de voluntad.

– Y tú, niño aun, añadió dirigiéndose al estudiante; tú que aun obedeces al influjo de los recuerdos de tu infancia, ¿quieres saber por qué te hallas comprometido en una empresa en que juegas tu cabeza llena de locos deseos, de ambiciones informes sin objeto fijo, de pensamientos necios como tu imprudencia? pues bien; es porque el demonio del orgullo se ha apoderado de tí; porque desees crecer en estatura para que los necios te admiren;

porque eres demasiado imbécil para creer en tu inutilidad; pobre instrumento que romperá el viento de la revolución como el huracán quiebra una caña. Sí: tú puedes servir de emisario, de espía, de alborotador; puedes servir de una manera admirable, porque cogido en el lazo, morirás sin nombrar tus cómplices; porque has soñado en esa gloria miserable que consiste en que el pueblo diga cuando marches á la horca: «ese es un mártir, ha muerto defendiendo nuestros fueros.» Créeme, Williams, busca tu gloria en los libros; podrás llegar á ser un teólogo insufrible; pero en el terreno que pisas, sólo puedes aspirar á ser un remedo de mártir.

El estudiante miró fijamente al que acababa de darle tan amistoso consejo, y contestó:

– Si yo me sublevo contra el poder que nos oprime, es porque ansío la paz y el orden que debe preceder á la propagación de la ciencia; no puede haber paz donde hay hambre, *ergo*...

– Y bien, ya véis que os conozco, prosiguió el montero desatendiendo el razonamiento del estudiante; os conozco como vosotros conocéis que cuanto os he dicho es exacto. Ahora bien; cualquiera que sea el motivo que me impulsa á presentarme á vosotros como un aliado, ¿admitís mi alianza?

– Sepamos el valor de tu ofensa, contestó reprimiéndose Adam Wast, para juzgar hasta qué punto puede interesarte el éxito de nuestra empresa.

– ¡Mi ofensa! contestó el montero, cuyo rostro se cubrió de una sombría expresión de odio; ¡mi ofensa! Yo, después de ser

lo que he sido, me transformé en montero, los hombres habían quemado mi corazón, le habían desgarrado; en cada uno veía un enemigo, y no quise sufrir su vista; entonces pensé en las selvas, en su inmensa soledad, con su sombrroso pabellón de verdura, con sus libres arroyos, sus profundas grutas y sus cuadrúpedos y montaraces habitantes; pensé en el aislamiento; hice retroceder mi imaginación hasta el hombre de la naturaleza, sentenciado, es verdad, á sostener su vida á costa de un trabajo asídúo y terrible; pero libre como el aire que respira, como los arroyuelos que se precipitan á su antojo, como los pájaros que anidan entre el follaje de los árboles. Salí de Londres sin volver la cabeza para mirar á la ciudad maldita, y anduve todo el día vestido como véis y armado con esta misma ballesta; al declinar la tarde me hallé en el centro enmarañado y solitario de Middlesex Wood; hacía mucho tiempo que había dejado atrás los senderos de los gamos, y había llegado allí pisando yerba que tal vez era hollada por primera vez; me hice una choza de ramas al lado de un manantial, y me dije cuando la ví bastante capaz á darme abrigo: «hé aquí mi alcázar; seré el rey de la selva; si alguna vez los hombres penetran en mis dominios, pasarán de largo con sus brillantes cabalgatas de caza ó sus humildes harapos de mendigo; si alguna vez el bandido me pide un sitio en mi hogar, un lecho de pieles y un pedazo de carne, se lo daré ¡por San Huberto! El bandido es en cierto modo un montero de fieras humanas. La caza es libre, y el gamo y el jabalí darán su carne á mi hambre; la fatiga me hará robusto; el tiempo

amenguará mis dolores, y viviré tranquilo.» Ya véis, dijo el montero después de una pequeña pausa, que yo había renunciado *el amor de mis hermanos, sus leyes y su protección*. Y viví algún tiempo tranquilo, si no feliz; resignado, si no satisfecho. Algunos hombres que sin duda pensaban como yo, se me unieron y al cabo llegué á ser un rey con vasallos, que dominaba á cien corazones valientes, á cien brazos capaces de cortar con un venablo la carrera al gamo más corredor. Pero mis *hermanos de los pueblos* repararon en sus hermanos de los bosques, y no quisieron permitir continuásemos ejerciendo una profesión tan penosa; nos enviaron algunos archeros para hacernos entender que Middlesex Wood había sido declarado coto real por el obispo canceller; que si queríamos continuar persiguiendo al gamo de las selvas, libre como el aire, y como el aire propiedad de todos, era necesario que pagásemos un crecido tributo, ó someternos por el contrario á ser cazados á la vez y colgados de una encina por los prebostes de los archeros. Nos negamos á satisfacer el tributo, y fuimos declarados *caza real*. Entonces nos dijimos: «¿á qué luchar? Dindem-Wood es libre; vámonos á Dindem-Wood.» Pero apenas penetramos en su espesura, nuevos archeros se encargaron de hacernos saber que las selvas y las praderas de Inglaterra que no pertenecían á señores de vasallos, pertenecían al rey; en Inglaterra no existía un palmo de tierra que no perteneciese á un coto real ó señorial. Entonces nos dijimos: «la lucha es precisa; luchemos: consideremos á los archeros del obispo y á los monteros de los señores como caza libre; ballesta

contra ballesta, y horca por horca.»

– Comprendo, observó Adam Wast; habéis perdido en la lucha.

– ¿Y cómo sostenerla? contestó el montero. Cuando apareció el peligro, los cobardes retrocedieron y dejaron reducido el número de mis monteros á una mitad; la otra mitad ha sido dispersada, ahorcada en parte, y en parte desarmada y azotada. ¡Ira de Dios, ingleses! ¡mi rostro está ensangrentado! ¡el talabarte de un mercenario ha macerado el rostro de un inglés!

– ¿Y quién te ha traído aquí?

– La casualidad: perseguido por los archeros, rodeado por todas partes, me ví entre mis verdugos y el Támesis: no debí dudar en la elección, y me arrojé al agua; algunas flechas pasaron junto á mí sin tocarme; la niebla me protegió, y tomé tierra en este islote, bien á punto por cierto para escucharos y saber que, como yo, había ingleses ofendidos, ingleses que querían vengarse.

Había tal fuerza de persuasión en el acento del montero, que Adam Wast desarrugó el entrecejo y le tendió la mano.

– Y bien, dijo, te creo y por mi parte acepto tu alianza. ¿Qué decís hermanos?

– Que sí.

– Bien.

– Le aceptamos, contestaron á un tiempo los preguntados, el cortador y el verdugo.

– ¿Cómo te llamas? dijo Adam Wast.

– Dik, contestó el montero.

– No le conocemos, observó el cortador; puede ser un espía.

– ¿Que no me conocéis? repuso con extrañeza Dik: ¿necesitáis que un hijo de mi madre os responda de mí? añadió dirigiéndose al verdugo y asiéndole una mano; pues bien, hermano mío, asegura á estos hombres que no tenemos sangre de traidores.

– ¡Su hermano! exclamaron con el acento de la admiración algunas voces.

– Sí; mi hermano es el verdugo de la Torre de Londres.

El verdugo se arrojó en los brazos de Dik, y ocultó el rostro sobre su pecho; algunos sollozos sofocados fueron el único ruido que turbó el silencio general.

– Y bien, amigos míos, dijo Dik, id á vuestros puestos, que yo acompañaré á mi hermano y me veréis junto á él al toque de cobre-fuego.

Y con el mismo ademán imperioso conque al aparecer entre los cinco hombres les mandó aguardar, dijo señalando á la puerta:

– Partid.

Los cinco hombres salieron; cuando el montero y el verdugo quedaron solos, el último levantó su semblante bañado en lágrimas de conmoción, y dijo:

– ¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! ¡no has renegado de mí, hermano mío!

– ¡Renegar de tí! ¡porque eres verdugo! ¡Oh! has hecho bien; has elegido mejor caza que yo, y te envidio. Vamos.

El verdugo y el montero salieron de la cabaña asidos de las

manos.

### III

## PRINCIPIOS DE AVENTURA

POCO después los dos hermanos saltaban en tierra en la orilla opuesta; entregaron la barca á sus dueños, subieron á lo largo de la ribera, pasaron el puente London-Bridge, y atravesando las estrechas y sombrías callejuelas del Cuartel de la Torre, se detuvieron, subieron al collado que lleva el nombre de ésta, é hicieron alto cabalmente junto á una horca de hierro, fija sobre un terraplén de mampostería, á cuya esplanada se ascendía por una pendiente escalera.

El verdugo se acercó al terraplén, abrió una puerta colocada en uno de sus costados, y que la oscuridad no dejaba percibir; entraron los dos hombres, y el verdugo volvió á cerrar.

Habían penetrado en un pequeño espacio húmedo y negro por el continuo contacto del humo, á que sin duda daba mala salida un estrecho respiradero practicado en uno de los costados.

Los muebles que se veían en esta extraña vivienda, eran dos banquillos de madera, un lecho de paja cubierto por una vieja capa colorada, un hacha y algunos dogales: todo este conjunto miserable estaba alumbrado por una lámpara de barro, encendida delante de un tosquísimo grabado representando una Virgen, pegado en el muro en un ángulo de aquella especie de caverna, sobre el miserable lecho.

Dik miró con extrañeza los objetos que le rodeaban; sentóse en un banquillo, y apoyando su rostro ensangrentado en la mano derecha, y el brazo de ésta sobre su rodilla, fijó en el pavimento empolvado su mirada sombría y pensativa.

El verdugo permanecía de pie frente á él, mirándole de una manera tenaz; la expresión de indiferencia feroz de su rostro había desaparecido, y su boca estaba fruncida por una sonrisa de amor y de amargura. Una madre hubiera mirado del mismo modo á un hijo desgraciado, vuelto á su vista después de una larga ausencia.

– ¡Qué mudado estás, Ricardo! dijo al fin el verdugo; yo no hubiera podido reconocerte.

– Muy mudado, Godofredo, ¿es verdad? añadió el montero levantándose; ¿crees tú que no me conocerán en Londres?

– ¡Oh! no; no eres tú ya el Ricardo de otro tiempo, alegre y confiado, de tez blanca, cabellos blondos, y talle esbelto encerrado en un justillo de seda; tampoco á mí me conocen; una prisión en la Torre cuando el corazón está desgarrado por desgracias tan sombrías como las nuestras, sería capaz de desfigurar al hombre más fuerte.

– ¡Con qué has estado preso, pobre Godofredo!

– Preso no; retirado á una prisión voluntaria, mi profesión de verdugo empezó por su situación más elevada. Cuando murió James Church, ejecutor del rey, corta cabezas de altos traidores, los heraldos de la prebostía llamaron á son de clarín á los que quisiesen sucederle, yo me presenté enmascarado; creí tener

contendientes, pero nadie se presentó á disputar la plaza que en mi desesperación había elegido; los hombres somos unos miserables locos, que no tocamos más que extremos. Yo había querido ser un ángel salvador de la humanidad; había sacrificado generosamente mis afecciones en favor de los hombres, y sólo encontré ingratos y malvados; había soñado en el amor de la mujer, y no encontré más que infamias y traiciones. Un sueño desvanecido influye de una manera terrible en organizaciones como la mía; yo, que antes de conocerle amaba al hombre conocido le aborrecí; yo que amándole había querido ser para él un ángel salvador, aborreciéndole quise ser su azote, su demonio, y me hice verdugo.

– ¡Oh! hiciste bien, muy bien, – murmuró sordamente Dik, devorando á largos pasos la estrecha vivienda del verdugo como un tigre encerrado en una jaula.

– Cuando me presenté en la conserjería de la Torre, prosiguió el verdugo, me dieron esta espada, y me hicieron bajar á los calabozos, en uno de ellos había un tajo, junto al tajo el cadáver de un preso, muerto tal vez de desesperación. Cortar la cabeza á aquel cadáver era mi prueba; ¡oh! aquel momento fué terrible, mi espada dividió el tronco de un solo golpe, y se clavó rechinando en el tajo. Nada me dijeron; ni me preguntaron mi nombre, ni mi procedencia; me dieron este vestido colorado, una bolsa llena de monedas de cobre, y un aposento en la Torre; dos años estuve sin salir de ella; en dos años el calabozo donde hice mi prueba, me ha visto cortar muchas cabezas nobles; durante ese

tiempo, la vista de la sangre desencajó mi mirada; mis mejillas enflaquecieron y se tornaron lívidas como las de un cadáver; el horror erizó mis cabellos, y cuando un día arrojé una mirada sobre mi faz, reproducida en lo acicalado del escudo de un archero, no me reconocí; Godofredo había desaparecido, sólo quedaba el verdugo.

Un silencio sombrío sucedió á esta exposición; Godofredo se dejó caer desplomado sobre un banquillo, y Dik siguió su paseo circular con paso más fuerte y apresurado. De repente se detuvo y fijó su terrible mirada en su hermano.

– Tengo hambre, le dijo.

El verdugo se estremeció como la madre indigente á quien su hijo pide un pedazo de pan.

– ¡No he comido en tres días!

Godofredo se conmovió, una lágrima ardiente y sola asomó á sus áridos párpados.

– ¡Tres días! murmuró, hace también tres días que consumí mis últimas patatas. ¡Oh! ¡tiene hambre, y su hermano no le puede dar un pedazo de pan!

Dik volvió á su silencioso paseo; el verdugo se dió un golpe en la frente lanzando una exclamación, como quien encuentra un recurso en una situación desesperada.

– ¡Oh! me había olvidado, dijo; hubo un tiempo en que teníamos trajes de seda bordados de oro, y yo debo conservar uno de esos trajes.

Levantóse y retiró el lecho, debajo del cual había un saco de

cuero.

Godofredo al verlo dió un grito de alegría como quien encuentra un objeto que busca á la ventura. Abrió el saco, y lo primero que brilló á la luz de la lámpara, fué una espada.

– ¡Arma de caballero! murmuró con indiferencia Dik tomando la espada. Buen temple, añadió blandiéndola con una soltura que probaba no era la primera vez que su mano empuñaba un arma de tal género. Después, con la curiosidad de un inteligente, arrojó una mirada sobre la hoja y la empuñadura.

Sus ojos se animaron, su boca se entreabrió en un movimiento de sorpresa; devoraba más bien que miraba un escudo cincelado en una chapa de oro entre los gavilanes. El escudo estaba coronado por una diadema real, y en él, sobre una faja azul, se veía un león rapante.

– ¿Quién te ha dado esta espada? preguntó con ansiedad á Godofredo.

– Es un despojo del patíbulo, contestó fríamente Godofredo.

Dik se estremeció, soltó la espada como hubiera podido soltar un hierro candente, y siguió en su solitario paseo circular.

– Mira, dijo Godofredo mostrándole un traje de una tela verde semejante al terciopelo, pesadamente bordada de oro, es un hermoso traje que yo vestía cuando hice mi prueba de corta-cabezas; le he conservado, lo mismo que esta espada, porque cada uno de estos objetos me recuerda una historia. Antes de venderlos me hubiera dejado morir; ¡pero tú tienes hambre!

– No, no; ni este traje ni esta espada se venderán, contestó

con firmeza Dik; ve si tienes otro recurso. Si no le hay, sufriré el hambre.

– No, no, exclamó Godofredo, es necesario que yo busque un pedazo de pan; ¡Dios mío! ¡pero ah! estoy loco; de todo me olvido; tengo en esta bolsa los cien florines que me dió para los bandidos de Sowttwark Adam Wast. De estos cien florines bien podré tomar uno para tí; ¿no es verdad, Dik?

– Haz lo que quieras, contestó pensativo.

Godofredo descorrió los cerrojos de la puerta, y la abrió.

– Aguarda, le dijo Dik, ¿dónde habita Adam Wast?

Godofredo llevó á su hermano al respiradero, y le dijo señalándole una pequeña casa contigua á la horca.

– ¿Ves allí una ventana iluminada por el reflejo de una luz?

– Sí.

– Allí vive Adam Wast.

– ¿Y quién vela ahora en ella? ¿él?

– No, su mujer.

– ¿Sabes como se llama su mujer?

– Sí; Ketti.

– ¿Y esa mujer tiene madre? insistió con voz profunda Dik.

– No; la loca Ketti murió hace un año, contestó maquinalmente Godofredo, y salió.

## IV

# DE LO QUE ENCONTRÓ DIK CUANDO MENOS LO ESPERABA

DIK permaneció en el respiradero con la mirada fija en la ventana vecina, donde brillaba el reflejo de la luz. Mucho debía interesarle, puesto que inmóvil, atento, reconcentraba en ella toda su atención, cual si pretendiese penetrar al través de sus paredes lo que acontecía en su interior.

Un momento después se separó del respiradero. Su mirada recorrió el estrecho recinto del sótano, y vió en la oscuridad de uno de sus lóbregos ángulos, un cántaro. Fué á él, lavóse el rostro y las manos de la sangre que los manchaba, y arrojando su gabán de montero, se vistió el traje de seda y oro que su hermano había dejado abandonado sobre su lecho de paja. Cuando estuvo completamente vestido, se ciñó la espada, y apareció un caballero gentil, si bien atezado, de manos membrudas, cosa en aquella época muy común entre los caballeros de mayor alcurnia, cortesanos con poca frecuencia, hombres de armas y caza siempre. Sirviéronle sus manos de peine, y sobre su larga cabellera se ciñó un gorro compañero del traje.

Era éste una túnica talar de anchos pliegues y mangas perdidas, sujeta por un cinturón del mismo género, del que pendía la espada; debajo de esta especie de sobrevesta se veía un

jubón de manga estrecha ciñendo los brazos, y un pantalón de seda encarnado aparecía en la extremidad de las piernas, ceñidas en su principio hasta el tobillo por unos botines de gamuza. El deslumbramiento del traje que vestía Dik, desdecía de una manera enérgica del aspecto del sótano de la horca.

El joven se colocó de nuevo en el respiradero, y fijó su mirada en la ventana de la casa vecina. Un silencio profundo reinaba en la plaza del Mercado, silencio interrumpido á veces por el chirrido de alguna carreta que acompañaba algún hombre con paso lento y forzado, ó por los pasos acompasados de alguna ronda de archeros. Los archeros se apartaban cuidadosamente de la carreta, porque su carga eran cadáveres apestados. Después de estos ruidos transitorios, el silencio volvía á invadir la desierta plaza.

Una voz que cantaba dentro de la casa en que Dik fijaba su mirada, vino á interrumpir de nuevo el silencio; era una voz dulce, simpática, melancólica; cantaba una balada de triste y lánguida armonía, cuya traducción hubiera podido ser:

«¡Londres! ¡Londres! ¡ciudad coronada! tú no eres tan hermosa como las aldeas de mi país; no eres tan hermosa, orgullosa ciudad de Londres.»

«Las almenas de tus torres están envueltas por la niebla; las cabañas de mi país se recortan sobre un cielo azul, velado por blancas nubecillas.»

«¡Londres! ¡Londres! tú eres sombrío como un cementerio; mi valle es alegre como un jardín.»

«¡Londres! ¡Londres! ¡ciudad coronada! tú no eres tan hermosa como las aldeas de mi país.»

La voz calló, y el oído de Dik devoró hambriento sus últimas vibraciones. Hacía algún tiempo que había cesado el canto, y aún le parecía escucharlo.

Un momento después la luz desapareció de la ventana, é inmediatamente la puerta colocada bajo ella se abrió, y salieron dos mujeres. La una llevaba un lío en la mano, y era joven; la otra una lámpara de hierro, y era vieja. La vieja cerró; la joven se deslizó por la solitaria plaza, y pasó muy cerca del respiradero donde observaba Dik, que escuchó el crujido de un traje y el són de unas ligeras pisadas.

De un salto se puso Dik fuera del subterráneo, y empezó á seguir á la mujer.

La oscuridad era densísima, nada se veía á algunos pasos de distancia, y el leve rumor de los pasos de la mujer era lo único que servía á Dik para no perder la pista.

La joven atravesó la plaza, se deslizó por el cuartel del Temple y se dirigió á San James, sin duda reparó en que la seguían, puesto que se detuvo á la entrada del cuartel, residencia de la alta nobleza. Dik adelantó, y se detuvo junto á ella.

– ¿Quién eres? preguntó la niña con una voz argentina.

– ¡Quién soy yo!.. ¿qué te importa? contestó trabajosamente Dik, mientras su sangre circulaba con una rapidez terrible. ¿Dónde vas, Ketti?

Un grito débil, involuntario, salió de los labios de la joven, y

Ricardo la sintió asida de su cuello, sintió los latidos del seno de aquella mujer; la oyó decir con acento indescribible:

– ¡Dik!..

La joven no dijo más, dobló su cabeza sobre el pecho del joven, y empezó á llorar entre sollozos.

– Aparta, la dijo Dik separándola dulcemente; no es en mis brazos donde debo recibirte. Me has hecho traición.

– No, no, me engañaron, contestó la joven llorando; ¡te creí muerto!..

– Es decir...

– Que estoy casada.

– Bien, dijo Dik; es necesario que nos alejemos de aquí. Podría encontrarnos una ronda. Necesitamos hablar despacio, y es preciso que me conduzcas á cualquier parte. Yo no conozco á nadie en Londres. ¿A dónde vas?

– Al palacio de lady Ester...

– ¡Lady Ester!.. exclamó con extrañeza Dik: ¿qué tienes tú de común con lady Ester?

– Coso sus trajes, y le llevo uno para el baile que da esta noche Juan-sin-tierra á los nobles de Whitehall.

– Y bien...

– Ven conmigo, la diré que eres mi Dik; todo lo sabe, porque es buena, y la he contado mis penas. Ella, que es fuerte y poderosa, nos protegerá, Dik.

La joven se asió del brazo de Dik, que se dejó conducir. Al doblar la esquina próxima, un vivo resplandor se dejó ver

adelantando hacia ellos. El primer movimiento de entrambos fué mirarse, sin pensar en inquirir la causa de aquel resplandor: la joven era hermosísima, y en sus ojos, grandes y melancólicos, se pintó una expresión de asombro al ver el magnífico traje de Dik, deslumbrante al resplandor que cada vez se acercaba más.

– ¡Ah! ¡Dik, dijo con tristeza Ketti, eres un gran señor!

– Silencio, dijo Dik.

El resplandor se había detenido; le producían dos hachones conducidos por archeros que precedían á dos trompeteros y un heraldo á caballo. Dik y Ketti se ocultaron en el dintel de una casa, y observaron; los trompeteros hicieron sonar tres veces las trompetas, y el heraldo gritó con voz sonora:

– Habitantes de la muy ilustre y leal ciudad de Londres: El muy alto y poderoso señor obispo de Eli, canciller del reino, en nombre de su gracia el rey, os hace saber: que el nombrado Dik, montero contra los edictos en los cotos reales de Dinden-Wood, acusado de desacato á su gracia el rey, ha burlado la persecución de los archeros y se ha ocultado en Londres. En nombre del muy alto y poderoso señor obispo de Eli, cincuenta marcos de plata al inglés, noble ó pechero, que presente su cabeza. ¡Salud al rey!

– Y bien, dijo Dik para sí, la cabeza de un montero está harto pagada: pero vale más la de un caballero.

– ¡Pobre hombre! exclamó Ketti conmovida, sin sospechar que asía del brazo á aquel á quien acababan de pregonar.

El heraldo y su comitiva adelantaron pasando junto á Dik. Los archeros se apartaron con respeto al ver el rico atavío del joven,

y siguieron adelante acompañados de algunos curiosos.

# Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.